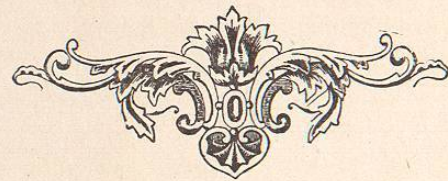


Merodeaban dos guerrillas
De gente de pelo en pecho,
Mandadas por J y X,
Cuyos nombres no recuerdo.
X, con toda su gente,
Se hallaba en pleno consejo,
Cerca del cortijo H
Y del monte de Río Seco,
Discutiendo nuevos planes
Que fueran de más provecho,
Cuando se le presentaron,
Procedentes de aquel pueblo,
Mujeres casi desnudas
Y en estado lastimero,
Todas exponiendo, á gritos,
De sus quejas el objeto.
—Nos han dejado en camisa,
Señor, vuestros guerrilleros,

Sin refajos, ni *quichquemel*,
Que medio nos cubra el pecho.
A tal interpelación
Contestó el jefe resuelto:
—No pueden ser mis soldados,
Autores del atropello,
Sino los de la guerrilla
Que manda mi compañero;
Si hubieran sido los míos,
Os viera á todas en cueros,
Que hasta la piel os quitaran
Si valiera ésta dinero.
Cuando las pobres mujeres
Tal declaración oyeron,
Para no verse en el trance
Que mencionó el guerrillero,
En camisa y en volandas
Al cortijo se volvieron.



IX

LOS ODIOS POLITICOS.

LAS escenas que voy á referir, en las que, por capricho de la suerte, desempeñé un principal papel, ponen en relieve el alto grado de exaltación y encono á que había llegado la sociedad á causa de las contiendas civiles, exaltación y encono que germinaban en los cerebros de los políticos para dar sus amargos frutos en la Prensa y en los campos de batalla. No pocas mujeres contribuyeron al estado lastimoso en que llegó á verse el país, digno por mil títulos de mejor suerte. No faltaron hembras como *La Barragana*, que vistiendo la blusa roja y usando el sombrero jarrano y la pistola al cinto, combatiesen á la ca-

beza de una guerrilla, ni patrioterías que no usasen en los adornos de sus vestidos el color verde ó rojo, como distintivos de los dos partidos contendientes, dándose mutuamente los apodos de *mochas* y *puras*, aunque bien estudiado el punto, viénesen en conocimiento de que la admisión de tales colores simbólicos, no obedecía, en general, á los sentimientos rencorosos que pudiesen abrigar, sino más bien á los impulsos del amor, pues natural era que simpatizara cada cual, sin atender á otra consideración, con el partido en que estuviera afiliado el que era dueño de su corazón.

La batalla de Calpulalpan, 22 de Diciem-

bre de 1860, puso término á la desastrosa guerra de tres años y abrió las puertas de la Capital al Ejército constitucionalista. Perdidos en aquella acción todos los elementos de guerra del que lo combatía, el General Miramón se vió en la imposibilidad de defender la ciudad, y entonces fué cuando, poco antes de ausentarse, puso en libertad á los Generales Degollado y Berriozábal, que se hallaban presos en una pieza baja del Palacio Nacional, y á la población bajo la égida del Ayuntamiento.

La noche de Navidad para los que veían realizados sus ensueños y esperanzas, con la victoria de Calpulalpan, fué como siempre, la noche feliz del término de las Posadas; mas para los abandonados de la fortuna, que temían las inmediatas consecuencias de su derrota, fué una noche funesta. A los cuidados del General Berriozábal y del Ayuntamiento, asiduos vigilantes en tal noche, y á los servicios prestados por las rondas de los colonos extranjeros, debióse la conservación del orden en la hermosa México. En esa bulliciosa noche viéronse á mezclar las expansiones de alegría de unos y las amargas lamentaciones de otros, con las detonaciones de los cohetes y los cánticos festivos de la Nochebuena, pues muchas fueron las familias que á pesar de los acontecimientos del día no interrumpieron el alegre novenario con que, anualmente, se celebra el nacimiento de Jesús, indiferencia á que habían connaturalizado á la sociedad mexicana las pasadas revueltas.

Al día siguiente, desde la hora del alba empezaron á entrar en la ciudad las fuerzas constitucionalistas de los Generales Rivera y Carbajal, y á las diez de la mañana se presentaron los Generales González Ortega, Jefe del Ejército vencedor, y Don Ignacio Zaragoza, Cuartel maestre, con una pequeña fuerza, pues el grueso de ella, de más de 25,000 hombres, hizo después su entrada triunfal, el día 1º del inmediato Enero.

Los repiques á vuelo de las campanas, particularmente de la Catedral, no cesaron desde la madrugada hasta la media noche, y una inmensa multitud invadió las plazas y calles centrales de la ciudad, á la vez que por ellas circulaban, con sus respectivos estandartes y músicas, grupos de individuos pertenecientes á diversos clubs. Yo, dando fe de todo, seguía

el ejemplo de los demás, con algunos de mis compañeros de la Escuela de Bellas Artes. El pueblo en masa se dirigió al Palacio Nacional y, por grupos sucesivos, penetró en los salones presidenciales, en uno de los cuales el General González Ortega recibía las felicitaciones y repartía abrazos, rasgo prominente de su carácter afable, y como yo me hallaba entre la turba, fuí participante de esa característica demostración, en la que hago hincapié porque contribuyó poderosamente al buen éxito de un asunto en que, pocas horas después, me ví comprometido.

En la calamitosa época á que me refiero, se esgrimían, como armas de partido, calificaciones de las más ofensivas contra los contrarios, y se propagaban con exageración inaudita. De lo que provino la alarma que provocó en muchas familias de la Capital el triunfo de las armas liberales en las lomas de Calpulalpan, no bastando para su tranquilidad la enérgica actitud de los jefes del Ejército, que aseguraba toda clase de garantías á la población como consta en la nota que dirigió sobre el asunto el General González Ortega al Embajador español.

Merced á las acertadas disposiciones del Cuartel maestre del Ejército, el orden no se alteró en la ciudad y no se registraron más desgracias que dos inevitables: la muerte trágica del escritor Don Vicente Segura Argüelles, á la que él mismo dió lugar por una fatal equivocación, y la que voy á referir como asunto esencial de este artículo.

Un ex ministro, poco importa de qué Presidente, que siempre se había mostrado acérrimo enemigo del partido liberal y causándole no pocos daños, y aborrecido por algunos individuos, con justicia ó sin ella, aunque colijo que por sus pecados y flaquezas ministeriales, se ocultó en una casucha del rumbo de Nuevo México, creyéndose en plena seguridad no obstante que desde la víspera de su ocultación, estuviéronse acarreado, indiscretamente y públicamente, muebles para su escondite.

En la tarde de ese día, un pelotón de soldados penetró en la casucha aquella, y teniendo delante al que buscaban, tendieron las armas é hicieron fuego sobre él, mas el ex ministro pudo salvarse de la muerte desviando oportunamente, con un movimiento de su bra-

zo, el fusil que debía herirlo. Los soldados, voluntariamente ó por mandato del que los conducía, prescindieron de llevar á cabo su primer intento, mas no de golpear á aquél con los cañones y culatas de los fusiles, dirigiendo los golpes particularmente á la cabeza, de la que brotó la sangre por varias heridas. Después de tal acción, vilmente ordenada por algún oculto vengador y cobardemente ejecutada por un grupo de soldados, con una saña inconsciente, el desventurado ex ministro, en un estado calamitoso fué llevado á la Ciudadela, de la que debía ser conducido al día siguiente al camino de Puebla, á lo que parecía con la maligna intención de aplicarle la ley fuga.

Tranquilo con mi familia me hallaba de visita aquella noche en la casa del cónsul de los Países Bajos, cuando se presentó de improviso, angustiada y llorosa, la bella consorte del ex ministro, y casi de rodillas y dirigiéndose al cónsul, exclamó:

—¡Salve usted á mi marido!—y prosiguió refiriendo los pormenores del lance.

Si tuviese que explicarte con todos sus detalles, lector mío, los incidentes de esta historia, la haría difusa, y para no desagradarte, relataré lo que de ella falta á grandes rasgos.

El cónsul, compadre de la señora, manifestó que á nadie conocía y que sus gestiones serían infructuosas, y yo, entonces, de puro compasivo, ofrecí mi débil apoyo, sin esperar otra ayuda que la que Dios quisiera depararme. Fuí con el cónsul á Palacio y quiso mi buena suerte que al subir las escaleras encontrase á mi antiguo amigo el General Don José Justo Alvarez, á quien desde luego expuse mi pretensión y le pedí su ayuda. Recomendado por él al oficial Calvillo, ayudante del General González Ortega, pude penetrar en el departamento en que éste se hallaba muy afanado en el despacho de su correspondencia y del oficio en que participaba al Gobierno, residente en Veracruz, la ocupación de la Capital.

Ya en presencia del General agoté todos los recursos de mi pobre fecundía y para congratarme con él, cándidamente le recordé el abrazo con que, al medio día, me había favorecido. Debíle caer en gracia, pues á pesar de su ocupación grave del momento, y del espinoso asunto de que se trataba, con referencia á un individuo que mucho había perjudicado

al partido liberal, accedió á mi solicitud, exigiéndome, como única condición, el otorgamiento de una fianza por persona competente que se obligase á presentar al reo cuando se le ordenase. Propuse para esa garantía al cónsul de los Países Bajos, allí presente, y habiendo sido aceptado extendiéronse en el acto dicha obligación y la orden que yo deseaba.

Ufanos, ya con ésta, montamos en un coche y partimos para la Ciudadela, deteniéndonos únicamente el tiempo preciso en la casa número 2 de la calle del Tercer Orden de San Agustín, en solicitud del Doctor Garrone, cuyos auxilios eran tan necesarios en aquella ocasión. Obligámonle á levantarse de la cama, y ya en compañía suya continuamos nuestro camino para el vetusto edificio, cuna de tantas revoluciones.

Sería la media noche cuando atravesábamos el solitario paseo de Bucareli, en los momentos en que entraban algunos grupos de guerrilleros, de blusas rojas, lanzando *vivas* y *mueras*, circunstancia que no dejó de infundirnos serios temores. Llegamos á la Ciudadela y presentamos al Comandante Condelle la orden escrita del General, la que sólo en parte fué acatada, manifestando aquél que estrechas órdenes particulares no le permitían entregar al reo, pero que sí podíamos pasar con el Doctor para atender á su curación.

En medio de un sótano húmedo y de paredes destartaladas, débilmente alumbrado por la luz de un farol, distinguimos, acercándonos bastante, reclinado en una silla, á un hombre de recia complexión, trigüeño de color, barbispeso, con la cabeza vendada y mostrando en el rostro coágulos de sangre.

Al vernos, nos saludó y dirigiéndose al cónsul, dijo:

—Bien venido, compadre. Es usted mi salvador.

—No, quien es el que salva á usted, en esta ocasión, es el joven aquí presente, contestó el cónsul señalándome.

Dióme el ex ministro las gracias, y como no había tiempo que perder, procedió el Doctor Garrone á ejercer su noble profesión, separando con no poco trabajo las vendas pegadas á las carnes y al pelo del paciente, á lavar las heridas, á curarlas y á cubrir éstas con un

nuevo vendaje. Entonces insistimos en llevarnos al herido, y el Comandante, que tal vez desconfiaba de la autenticidad de la orden, se sostuvo en su repulsa, incidente por el cual me ví obligado á volver al Palacio para poner en conocimiento del General la actitud del Comandante, y á poco regresé á la prisión acompañado del ayudante Calvillo, con una orden terminante y las amenazas consiguientes contra el insubordinado oficial.

A poco salimos con el herido y lo conducimos á la casa del cónsul, donde lo esperaba su esposa deshecha en lágrimas, como á mí también me esperaba mi pobre familia, á la que mis sentimientos compasivos la habían tenido en un continuo sobresalto durante cuatro horas de tan temida noche.

El epilogo de esta historia demuestra mi proposición: la intransigencia y encono que caracterizaba á los políticos.

Un mes después del acontecimiento referido pasaba yo por una calle céntrica de la ciu-

dad y descubrí en el balcón de una casa de gran aspecto, á un señor y una señora. El, de recia complexión, trigüeño de color, barbispeso, mas con el rostro ya limpio y en orden el cabello, y ella una dama de hermoso rostro, pero entonces sin expresión alguna de dolor. Al reconocerlos, los saludé quitándome el sombrero, mas ellos no me volvieron el saludo y dirigieron á otra parte sus miradas.

Contele al cónsul el lance, y él, dudando de tan extraña conducta, quiso cerciorarse por sí mismo del proceder de sus compadres, y tuvo á poco con ellos una entrevista.

La contestación que dió la hermosa dama á la explicación pedida fué muy original y digna, lector querido, de que la traslade, con sus incorrecciones gramaticales, tal cual fué pronunciada, y quedó indeleblemente grabada en mi memoria:

—¡Sí, compadre, dijo la señora, negamos el saludo porque éste (éste era yo), cuando pudo salvar á mi marido, es porque es de éstos!



X

EL PERIODISMO.

SI el gran invento de Guttemberg ha sido el más poderoso agente de la civilización de los pueblos, también debemos convenir en que ha prestado su valioso poder, por el mal empleo que de él han hecho los hombres, para avivar los resentimientos y recrudecer las pasiones, por que, desengañate lector mío, los hombres siempre son los mismos

para echar á perder aún las mejores instituciones. Durante nuestras contiendas civiles, particularmente en la época de las acaloradas discusiones que prepararon la Constitución de 1857, y en la no menos funesta llamada de tres años ó de la Reforma, la Prensa traspasó los límites de lo justo y de lo conveniente. Ella fué, por uno y otro bando político, la ins-